ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO IV

EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO.—LA OBSERVACIÓN Y SU VALOR

POR lo ya expuesto se comprenderá que la observación exacta es un elemento para pensar con claridad. Tenemos que principiar nuestro trabajo en el plano físico, donde nuestros cuerpos se ponen en contacto con el No-Yo. Marchamos *hacia arriba*, y toda la evolución principia en el plano inferior, pasando al superior; en el inferior tocamos, en primer término, el mundo externo, y de éste pasan las vibraciones hacia arriba—ó hacia adentro—haciendo surgir los poderes internos.

La observación exacta es, pues, una facultad que debe cultivarse definidamente. La mayor parte de la gente va por el mundo con los ojos medio cerrados, y esto lo puede comprobar cada uno de por sí preguntándose á sí mismo acerca de lo que ha observado al pasar por una calle. Podemos preguntarnos: ¿Qué he observado al pasar por tal calle? Mucha gente no ha observado casi nada; no ha formado ninguna imagen clara. Otros habrán quizá observado unas pocas cosas; algunos quizá muchas. Se cuenta del padre de Houdin que educó á su hijo

en la observación del contenido de las tiendas ante las cuales pasaba al ir por las calles de Londres, hasta que llegó á poder dar cuenta de todo lo que contenía el frente de una tienda, con sólo lanzar sobre la misma una simple mirada. El niño normal y el salvaje son observadores, y según sea su capacidad de observación, así es la medida de su inteligencia. La costumbre de observar de un modo claro y rápido tiene su fundamento, en el hombre de inteligencia mediana, en el pensar con claridad. Los que piensan muy confusamente son por lo general los que observan con menos exactitud, excepto cuando la inteligencia está altamente desarrollada y está habitualmente vuelta hacia dentro.

Pero la contestación á la pregunta anterior puede ser: «Estaba pensando en otra cosa, y por tanto no observé.» Y la contestación es muy apropiada si el que contesta estaba pensando en algo más importante que la educación del cuerpo mental y que la del poder de la atención por medio de la observación cuidadosa; pero si el que contesta sólo ha estado soñando, vagando su pensamiento de modo indeterminado, entonces ha malgastado su tiempo mucho más que si hubiese dirigido su energía hacia afuera.

Esta distinción debe considerarse como limitando las anteriores observaciones, pues un hombre sumido profundamente en sus pensamientos, no observará los objetos pasajeros porque estará fijo en lo interior, y no en lo exterior. Los altamente desarrollados y los que lo estén sólo parcialmente, necesitan una educación distinta.

¿Pero cuántos, entre los que no observan, están realmente «sumidos profundamente en sus pensamientos»? En la mente de la mayor parte todo lo que pasa es un vago mirar á cualquier imagen de pensamiento que pueda presentársele; una contemplación, sin objeto determinado, del contenido de su mente, del mismo modo que una mujer desocupada pudiera mirar el contenido de su joyero ó de sus armarios. Esto no es pensar, pues pensar significa, como hemos visto, el establecer relaciones, el añadir algo que no estuviera previamente presente. Al pensar, la atención del conocedor se dirige deliberadamente á imágenes de pensamiento, y trabaja activamente con ellas.

El desarrollo, pues, del hábito de observación constituye una parte de la educación de la mente, y los que lo practiquen encontrarán que la mente se esclarece, aumenta en poder y se hace más fácilmente manejable; de suerte que pueden dirigirla á un objeto dado mucho mejor que lo podían hacer antes. Ahora bien, este poder de observación, una vez definidamente establecido, obra automáticamente, registrando el cuerpo mental las imágenes, las cuales puede utilizar después, si las

necesita, sin exigir la atención de su dueño. Un caso muy trivial, pero significativo, de esta clase, puedo presentar como experiencia propia. Viajando yo en América se suscitó una cuestión acerca del número de la máquina de un tren, en el que habíamos viajado. Esto no fué en modo alguno un caso de clarividencia. El número se presentó instantáneamente en mi mente. Sin acción alguna consciente mía, la mente había observado y registrado el número al entrar el tren en la estación, y cuando se necesitó saberlo, la imagen mental del tren entrante, con el número en el frente de la máquina, se presentó en seguida. Esta facultad, una vez establecida, es muy útil, pues significa que cuando las cosas han estado pasando en torno de uno sin distraer en aquel momento la atención, se puede, sin embargo, recordarlas mirando el registro que el cuerpo mental había hecho de ellas por su propia cuenta.

Esta actividad automática del cuerpo mental fuera de la actividad consciente del Sîva, tiene efecto en todos nosotros de un modo más considerable que lo que pudiera suponerse; pues se ha visto que cuando una persona es hipnotizada, refiere muchos pequeños sucesos que le habían acaecido sin despertar su atención. Estas impresiones llegan al cuerpo mental por medio del cerebro, y se imprimen en éste lo mismo que en aquél. De este modo llegan al cuerpo mental muchas impresiones que no fueron suficientemente fuertes para penetrar en la conciencia, no porque la conciencia no pueda conocerlas, sino porque no está lo suficientemente despierta más que para registrar las impresiones más profundas. En el estado hipnótico, en el delirio, en los sueños físicos, cuando el Sîva no está presente, el cerebro da de sí estas impresiones, que generalmente están dominadas por las impresiones mucho más fuertes que el mismo Sîva hace ó recibe; pero si la mente se educa en observar y registrar, entonces el Sîva puede recobrar de ella las impresiones que de este modo se hayan hecho.

Así, si dos individuos pasan por una calle, uno de ellos educado en la observación y otro no, ambos pueden recibir un número de impresiones sin que ninguno de ellos se dé cuenta de las mismas en aquel momento; pero después, el observador educado podrá recordar esas impresiones, al paso que el otro no. Como este poder depende del pensar con claridad, los que deseen cultivar y dominar el poder del pensamiento, harán bien en no descuidar el cultivo del hábito de observación y sacrificar el mero placer de vagar por donde quiera que la corriente de la fantasía pueda llevarlos.

LA EVOLUCIÓN DE LAS FACULTADES MENTALES

A medida que se acumulan imágenes, el trabajo del conocedor se hace más complicado y su actividad en ellas hace surgir un poder tras otro, inherentes á su naturaleza divina. Ya no acepta el mundo externo tan sólo en su simple relación con él mismo, como conteniendo objetos que son causa de placer ó de dolor para él, sino que dispone unas al lado de otras las imágenes de los mismos, las estudia en sus diversos aspectos, les da vueltas y las vuelve á considerar. También principia á coordinar sus propias observaciones. Observa el orden de sucesión de las imágenes. Cuando unas dan lugar á otras. Cuando una segunda imagen ha seguido á una primera muchas veces, principia á buscar la segunda cuando la primera se presenta, y de este modo las enlaza. Este es el primer paso hacia el razonamiento, y en este punto también tenemos la llamada hacia afuera de una facultad inherente. Arguye que A y B han aparecido siempre sucesivamente, y que, *por tanto*, cuando A aparece B aparecerá también. Esta previsión, al comprobarse constantemente, le hace enlazarlas como «causa» y «efecto», y muchos de sus primeros errores son debidos al establecimiento demasiado precipitado de esta relación. Por otra parte, poniendo las imágenes una al lado de la otra, observa su semejanza ó desemejanza, y desarrolla la facultad de comparar. Elige una ú otra como productora de placer, y mueve su cuerpo en el mundo externo en busca de ellas, desarrollando su juicio por estas selecciones y sus consecuencias. Desenvuelve un sentido de las proporciones en relación con la semejanza ó desemejanza, y agrupa los objetos con arreglo á su mayor igualdad, ó los separa según su mayor diferencia; en esto también comete muchos errores, por inducirle fácilmente á ellos las semejanzas superficiales, pero que luego corrige por observaciones posteriores.

De este modo la observación, la distinción, la razón, la comparación, el juicio, se desenvuelven uno tras otro; son facultades que se desarrollan con la práctica, y así crece ese aspecto del Yo como conocedor, por medio de la actividad de los pensamientos, por la acción y reacción, constantemente repetida, entre el Yo y el No-Yo.

Para apresurar la evolución de estas facultades, debemos ejercitarlas deliberada y conscientemente, usando las circunstancias de la vida diaria como oportunidades para desarrollarlas. Del mismo modo, como el poder de observación, según hemos visto ya, puede educarse en la vida diaria, así también podemos acostumbrarnos á ver los puntos de

parecido ó desemejanza en los objetos que nos rodean; podemos sacar conclusiones y comprobarlas por medio de los sucesos; podemos comparar y juzgar, y todo esto conscientemente y con un objeto dado. El poder del pensamiento crece rápidamente con este ejercicio deliberado, y se convierte en una cosa que se maneja constantemente, porque se siente como una posesión definida.

La Memoria

A fin de poder comprender claramente cuál es la causa de la «mala memoria», debemos examinar el proceso mental que construye lo que llamamos memoria. Aunque en muchos libros psicológicos se habla de la memoria como de una facultad mental, no existe realmente una facultad á la que se le pueda dar este nombre. La persistencia de una imagen mental no es debida á facultad especial alguna, sino que pertenece á la *cualidad* general de la mente; una mente débil es débil en persistencia como en todo lo demás; y lo mismo que una substancia demasiado fluida no retiene la forma del molde en el que se la haya vertido, así pierde la forma que ha asumido. Cuando el cuerpo mental está poco organizado, cuando es un mero agregado de moléculas de materia mental, una masa á manera de nube sin mucha coherencia, la memoria será ciertamente débil. Pero esta debilidad es general, no especial; es común á toda la mente, y es debida á su estado inferior de evolución.

A medida que el cuerpo mental se organiza y funcionan en él los poderes del Sîva, vemos, sin embargo, á menudo, lo que se llama «una mala memoria». Pero si observamos esta «mala memoria», veremos que no es deficiente en todos sus aspectos, sino que hay algunas cosas que se recuerdan bien y que la mente retiene sin esfuerzo. Si luego examinamos estas cosas que se recuerdan, veremos que son aquellas que atraen con fuerza á la mente, que las cosas que gustan mucho no se olvidan. He conocido á una mujer que se quejaba de mala memoria respecto de asuntos de estudio, al paso que observé en ella una memoria muy retentiva acerca de detalles de un vestido que admiraba. A su cuerpo mental no le faltaba el poder retentivo suficiente, y cuando observaba cuidadosa y atentamente y producía una imagen mental clara, ésta tenía bastante larga vida. En esto tenemos la clave de la «mala memoria». Es debida á falta de atención, á falta de observación exacta y, por tanto, á un pensamiento confuso. El pensamiento confuso es la impresión borrosa causada por la observación descuidada y la falta de

atención, al paso que el pensamiento claro es la impresión bien marcada, debida á la atención concentrada y á la observación cuidadosa y exacta. No recordamos las cosas á las que prestamos poca atención; pero recordamos bien las cosas que nos interesan mucho. ¿Cómo debe, pues, tratarse á una «mala memoria»? Primeramente debe observarse las cosas respecto de las cuales es mala, y aquellas para la que es buena, á fin de calcular la cualidad general de adhesividad. Luego deben examinarse las cosas para las cuales es mala, á fin de ver si valen la pena de ser recordadas, y si son cosas que no nos importan. Si vemos que no nos importan, pero que en nuestros momentos mejores sentimos que deben interesarnos, entonces debemos decirnos: «Voy á fijarme en ellas, voy á observarlas con exactitud y voy á pensar en ellas cuidadosa y detenidamente.» Haciendo esto veremos que nuestra memoria mejora, pues como se ha dicho antes, la Memoria depende realmente de la atención, de la observación exacta y del pensamiento claro; un objeto que atraiga es valioso para fijar la atención; si éste no está presente, su lugar debe reemplazarse por medio de la voluntad.

En esto, como en todas las cosas, un pequeño ejercicio que se repita diariamente, es de mucho más efecto que un gran esfuerzo seguido de un periodo de inacción. Debemos imponernos la pequeña tarea diaria de observar una cosa cuidadosamente, imaginándola en la mente *con todos sus detalles*, manteniendo la mente fija en ella durante un poco de tiempo, como puede fijarse el ojo físico en un objeto. Al siguiente día debemos evocar la imagen, reproduciéndola con la mayor exactitud que se pueda, y luego compararla con el objeto y observar las inexactitudes. Si concedemos cinco minutos diarios á este ejercicio, observando alternativamente un objeto, imaginándolo luego en la mente y evocando la imagen al día siguiente y comparándola con el objeto, «mejoraremos nuestra memoria» muy rápidamente, al paso que estamos mejorando realmente nuestros poderes de observación, de atención, de imaginación y de concentración; en una palabra: estaremos organizando el cuerpo mental y haciéndole propio, mucho más rápidamente que lo hará la naturaleza sin ayuda, para desempeñar sus funciones de un modo efectivo y útil. Ningún hombre puede emprender un ejercicio como este sin que le produzca efecto, y pronto tendrá la satisfacción de conocer que sus poderes han aumentado y que se hallan mucho más sujetos al dominio de la voluntad.

Los medios artificiales para mejorar la memoria presentan las cosas á la mente en forma atractiva, ó asocia con esa forma la cosa que hay que recordar. Si una persona percibe con facilidad, puede ayudar á una mala

memoria formando una imagen y relacionando las cosas que quiere recordar con determinados puntos de la pintura. Otras personas, en quienes domina el poder auditivo, se acuerdan por medio de un ritmo ó retintín, y, por ejemplo, construyen con una serie de fechas ú otros hechos poco atractivos, versos que «se agarran á la mente». Pero mucho mejor que estos métodos es el racional que hemos descrito antes, con cuyo uso el cuerpo mental mejora su organización, se hace más coherente en sus materiales.

La Educación de la Mente

El educar la mente en cualquier sentido es educarla toda en cierto grado, pues cualquier clase definida de educación organiza la materia mental de que está compuesto el cuerpo mental, así como también llama hacia afuera algunos de los poderes del conocedor. La facultad mejorada puede dirigirse á un fin cualquiera y sirve para todos los objetos. Una mente educada puede aplicarse á un asunto nuevo, y lo asirá y dominará de un modo que sería imposible á la no educada, y esta es la utilidad de la educación.

Pero no debe nunca olvidarse que la educación de la mente no consiste en sobrecargarla de hechos, sino en desarrollar sus poderes. La mente no se desarrolla poniéndola repleta con los pensamientos de otros, sino ejercitando sus propios poderes. Se dice de los grandes Maestros que se hallan á la cabeza de la humanidad, que conocen todo cuanto existe en el sistema solar. Esto no significa que todos los hechos que en éste se encierran están siempre en su conciencia, sino que han desarrollado de tal modo en ellos el aspecto del conocimiento, que siempre que dirigen su atención sobre algo conocen el objeto en que la han fijado. Esto es algo mucho más grande que el acopio en la mente de cualquier número de hechos, así como es una cosa más grande ver un objeto en el que se fija la mirada, que ser ciego y conocerlo sólo por la descripción que otros hacen. La evolución de la mente se mide no por las imágenes que contiene, sino por el desarrollo de la naturaleza llamada conocimiento, el poder de reproducir en ella todo cuanto se la presente. Esto es tan útil en cualquier otro universo como en éste, y una vez obtenido, es nuestro para emplearlo donde quiera que estemos.

La Asociación con Superiores

Ahora bien, este trabajo de educar la mente puede ser muy auxilia-

do poniéndonos en contacto con aquellos que están más altamente desarrollados que nosotros. Un pensador de mayor poder que nosotros puede ayudarnos materialmente porque emite vibraciones de un orden superior al que nosotros podemos crear. Un pedazo de hierro no puede por si solo emitir vibraciones de calor; pero si se halla cerca del fuego, puede responder á las vibraciones de éste y calentarse. Cuando nos hallamos al lado de un pensador potente, sus vibraciones obran en nuestro cuerpo mental y despiertan en él vibraciones respondientes, de suerte que vibramos en simpatía con él. Durante aquel tiempo sentimos que nuestro poder mental ha aumentado y que podemos asir conceptos que normalmente se nos escapan; pero cuando de nuevo nos hallamos solos, vemos que estos mismos conceptos se han tornado borrosos y confusos.

Muchas veces sucede que la gente oye un discurso y lo sigue inteligentemente durante aquel tiempo. Se marchan luego muy satisfechos, sintiendo que han obtenido algo valioso en conocimiento. Al dia siguiente, al querer participar á un amigo lo que han obtenido, encuentran, con mortificación, que no pueden reproducir los conceptos que tan claros y luminosos le parecieron, y entonces exclaman: «Estoy seguro que lo sé; aquí lo tengo, sólo que me falta agarrarlo.» Este sentimiento proviene de la memoria de las vibraciones que, tanto el cuerpo mental como Siva, han experimentado; existe la conciencia de haber comprendido los conceptos, la memoria de las formas tomadas y el sentimiento de que, habiéndolas producido, su reproducción debiera ser fácil. Pero el dia anterior las vibraciones superiores del pensador más potente fueron las que produjeron las formas cogidas por el cuerpo mental; fueron moldeadas desde afuera y no desde adentro. La impotencia experimentada al tratar de reproducirlas, significa que este moldeamiento tiene que repetirsele algunas veces antes de que tenga suficiente fuerza para reproducir estas formas por vibraciones por él mismo iniciadas. El conocedor tiene que vibrar de este modo superior varias veces antes de que pueda reproducir las vibraciones á voluntad. En virtud de su propia inherente naturaleza, puede desenvolver el poder dentro de sí para reproducirlas, una vez que se le ha hecho responder varias veces á la impresión desde afuera. El poder en ambos conocedores es el mismo; pero el uno lo ha desarrollado, al paso que en el otro está latente. Se le saca de esta latencia por el contacto con un poder semejante ya en actividad, y de este modo el más poderoso apresura la evolución del más débil.

En esto consiste una de las utilidades de asociarse con personas

más avanzadas que nosotros. Nos aprovechamos de su contacto y nos desarrollamos bajo su influencia estimulante. Un verdadero Maestro ayuda de este modo á sus discípulos mucho más teniéndolos á su lado que por la palabra.

Para esta influencia el contacto personal directo proporciona el conducto más efectivo. Pero á falta de esto, ó la asociación con ella, mucho puede también obtenerse de los libros, si éstos se eligen sabiamente. Al leer una obra de un verdadero gran escritor, debemos por el momento tratar de colocarnos en una situación negativa ó receptiva, de suerte que se reciba el mayor número posible de sus vibraciones mentales. Cuando hayamos leído las palabras, debemos detenernos en ellas, tratar de sentir el pensamiento que parcialmente expresan, extraer de ellas todas sus ocultas relaciones. Nuestra atención debe concentrarse de modo que penetre la mente del escritor al través del velo de sus palabras. Semejante lectura sirve de educación y hace progresar nuestra evolución mental. Una lectura menos esforzada puede servir de pasatiempo, puede llenar nuestra mente con hechos valiosos y aumentar así nuestra utilidad. Pero la lectura que se ha descrito significa un estímulo para nuestra evolución, y no debe ser descuidada por los que buscan el desarrollo con el fin de servir.

Annie Besant.

(Se continuará).

❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦ ❦

UN CAPÍTULO DEL PENSADOR ESPAÑOL SÁNCHEZ CALVO

(Tomado de su obra *Filosofía de lo Maravilloso Positivo*, tercera parte, capítulo III).

La última hipótesis

Oficio es de la ciencia mostrar en los fenómenos las causas inmediatas, que á su vez han de ser efectos de otras causas; mas en la serie de las causas, necesariamente ha de haber una causa primera; si no existiese, la ciencia marcharía siempre como judío errante, de causa en causa, sin encontrar nunca su síntesis, y la naturaleza, verdadera Penélope,

estaría tejiendo y destejiendo eternamente, sin proponerse un fin. En esta concepción de la naturaleza, la ciencia, no pudiendo salir nunca del análisis, se hace inútil, porque mil hechos no explicarían más que uno. Si hay síntesis más explicativa que el análisis, es que la naturaleza sabe lo que hace y lo que quiere.

Hay hechos, como los hechos maravillosos que hemos expuesto, cuya causa inmediata ni es física ni química, y entonces ó quedan sin solución los más grandes problemas de la vida y del espíritu, ó es preciso reconocer la insuficiencia del método, echándose en brazos de la razón y de la hipótesis.

Es cierto que la hipótesis es más propia de la filosofía que de la ciencia, pero se han compenetrado tanto las dos en estos últimos tiempos, que hablar de la una es hablar de la otra En esta compenetración ha salido perdiendo la filosofía, porque ya no se estudian relaciones, ni se atiende al orden ó á la ley, cosas tan reales como la existencia misma del hecho ó del objeto.

En el cerebro humano, por ejemplo, no se ve más que un órgano de percepciones y de asociaciones de contigüidad y semejanza: la función principal, la coordinación de los actos y de las impresiones, el ser oculto allí, pasa desapercibido. La combinación inteligente, el plan, el designio, para nada entran en el estudio científico. Por eso se niega también lo que más brilla, y parece inconcebible que se niegue la finalidad en las obras de la naturaleza.

Es imposible que la ciencia moderna, con ese método empírico, reduciéndolo todo á fenómenos físicos y químicos, explicándolo todo por causas materiales inmediatas, desatendiendo enteramente la ley de orden y de armonía, pueda llegar á la unidad á que aspira, ni á producir con su síntesis una verdadera y completa filosofía. Y la filosofía, científica como debe ser, teniendo por cimiento los hechos, no se comprende sin inducción y sin hipótesis.

La ciencia misma tiene cada vez mayor necesidad de hipótesis generales. La hipótesis es la inteligencia humana cerniéndose sobre los hechos, abarcándolos en una intuición clarividente y descubriendo la causa lejana, origen de la ley que los produce.

La mayor parte de los descubrimientos han sido debidos á una teoría, á una concepción preconcebida, es decir, á una hipótesis. No hay hecho apenas en las ciencias naturales que no haya sido adivinado por el presentimiento antes de ser verificado por la observación. Los grandes hombres de ciencia deben el éxito al atrevimiento de sus hipótesis. Si Keplero hubiera seguido tímidamente el método, y si, como le

recomendaba su maestro Ticho, dejara «sus vanas especulaciones», aquellas especulaciones que eran las inducciones de su genio, jamás se hubieran descubierto acaso sus admirables leyes. A esa confianza en la razón y en la hipótesis, que el vulgo tiene por sueño y por locura, son debidos siempre los descubrimientos.

Jamás por la sola observación, siguiendo el método, hubiera podido Newton formular aquella su proposición definitiva: «Los cuerpos planetarios se atraen en razón directa de la masa é inversa del cuadrado de la distancia», la más admirable de las leyes conocidas por la ciencia, si no se hubiera guiado por las anteriores, libres especulaciones de Keplero.

Si se rechazasen, como quieren Comte y Stuart Mill, todas las hipótesis que no pueden ser sometidas al testimonio de la observación, ó no pueden ser traídas á un hecho probado, sería preciso condenar las teorías de las nebulosas, de la evolución, de la gravitación, que se fundan en hipótesis de esta clase; sería preciso prohibir toda especulación sobre fenómenos geológicos y astronómicos que, dependiendo de causas pasadas, no pueden recibir verificación más que indirectamente y por analogía con causas actuales.

Las fases de la evolución de la tierra y de la evolución animal se explican por la suposición de que las causas que vemos en funciones hoy, han sido los agentes de aquella evolución, y esta suposición ha sido justificada por el socorro que ha traído á las investigaciones científicas y por la luz que ha esparcido sobre un gran número de problemas.

La utilidad de la hipótesis para ilustrar otros hechos de experiencia, puede ser considerada como una verificación indirecta.

Esta aceptación de las hipótesis verificables por su utilidad, es científica y transcendental. Las escuelas científicas que admitieron sin vacilar y proclamaron como verdades la evolución y el transformismo, sin más verificación que aquella utilidad y la inducción ó la causalidad analógica, no pueden ya negarse á recibir hipótesis de la misma clase.

Sí; desde el momento en que esas escuelas han admitido que una piedra ó un bronce de las edades prehistóricas, por presentar la configuración de un hacha ó de un utensilio cualquiera, probaban la existencia del hombre en tan remotos períodos, desde ese momento han reconocido y acatado la legitimidad de la inducción causal y analógica en todas las hipótesis.

Un ojo humano, un órgano cualquiera, prueba tanto la existencia de un poder superior, inteligente, consciente y personal, por ese mis-

mo método analógico, como el hacha de silex prueba la existencia del hombre en la edad de piedra.

Habiendo aceptado las inducciones prehistóricas, hay que reconocer las causas finales.

¿Por qué otro procedimiento se ha creído en el hombre primitivo?

¿No es por la causa final?

¿No es este el antiguo y perfecto modo de discutir de Voltaire: esta obra necesitó un obrero?

¿No es reconocer en la ciencia y en la filosofía los derechos de la inducción, hasta las últimas consecuencias?

Pues, si creéis en las formas de vuestra razón para lo uno ¿por qué no habéis de creer también para lo otro?

Pero ¡si tenéis también la hipótesis del éter!

«Lejos de mí el pensamiento de querer arrojar el menor descrédito sobre las ciencias — dice Laugel (1) — pero no sirve nada ocultar que el inmenso edificio de la física moderna reposa sobre una simple hipótesis... el éter. Ninguno de nuestros sentidos puede percibir el éter, pero nuestra razón lo percibe; y la ciencia no solamente es hija de la observación, sino que también lo es de la razón.»

En efecto, «la ciencia ha llenado todo el universo de una substancia diferente de todas las substancias conocidas, que está por todas partes y que no se puede coger en ninguna, cuya existencia no hay experiencia directa que pueda demostrar, porque escapa al análisis; se dice, en fin, que existe porque debe existir.»

Esta concepción del éter ¿es positiva? ¿Obedece al método proclamado único por la ciencia?

Existe, se dice, porque debe existir. Es una substancia que está por todas partes, pero que no se deja coger en ninguna; pero se admite porque sin ella no podrían explicarse los fenómenos de luz y de atracción.

Con el mismo derecho podemos decir nosotros que admitimos la hipótesis de Dios, porque sin ella no pueden explicarse los fenómenos de adivinación y sugestión. Si necesitáis el éter para las interferencias luminosas, nosotros necesitamos á Dios para todas las maravillas de la creación.

Todo lo que decis del éter puede decirse con más razón de Dios: «Existe porque debe existir.» «La substancia está en todas partes; pero no se deja coger en ninguna.» «Ninguna experiencia directa puede de-

(1) *Les problemes de la nature*, pág. 93.

mostrar su existencia, pero nuestra razón lo percibe.» Todo, todo esto se puede decir de Dios. ¿Por qué, pues, admitir la hipótesis del éter, y no admitir la de Dios? No se concibe una falta de lógica tan grande, á no ser concediendo una especie de divinidad al éter. Por eso declaró Spiller ya, sin ambajes ni rodeos, que «el éter es Dios». (1)

. . . .

La hipótesis del éter es una buena y firmísima hipótesis, sin embargo, por lo mucho que explica; pero los hombres de ciencia no sospechan acaso, que al admitirla, han abierto de par en par las puertas de la ciencia al espiritualismo.

Como quiera que se considere, en efecto, aquella hipótesis, la lógica conduce sin remedio á la concepción de Boscovitch, es decir, á suponer el átomo de éter como un simple punto matemático, un centro de fuerza. La fuerza es un impulso y el átomo de éter ocupa el vértice de un ángulo imaginario á donde van á parar los rayos de la fuerza. La fuerza en toda concepción atómica es exterior al átomo. ¿De dónde sacaría el átomo su fuerza? Pero si el impulso viene de afuera ¿de quién viene? Es preciso buscar algo superior al éter todavía.

Y si se admite la teoría del átomo torbellino de Thomson, el resultado es el mismo.

Había probado Helmhotz en 1858, que las partes de un fluido incomprensible, en las cuales se produce una rotación, la conservan siempre, distinguiéndose desde entonces de las otras. Probó también que estas partes deben ser dispuestas en filamentos, cuya dirección es, en cada punto, el eje de rotación, y que estos filamentos no tienen fin, es decir, que forman curvas cerradas ó que se terminan en la superficie libre del fluido. ¡De ahi sacó Thomson su idea de que lo que nosotros llamamos materia puede consistir en partes rotativas de un fluido perfecto que llena el espacio de una manera continua. Pero en esta definición de la materia va implicada la necesidad de una acción exterior, porque en un fluido, esa rotación necesaria para la disposición filamentosa ó material no puede ser producida ni destruida sino por la frotación ó rozamiento interior, y en un fluido perfecto, todo movimiento propio es imposible. Esto aparte del plan ó del designio, que tampoco se concibe en un fluido.

De todos modos y en todas las hipótesis, el impulso tiene que venir de fuera. ¿De dónde?

La necesidad de otra más alta hipótesis está bien demostrada.

---

(1) Spiller. *Gott im Lichte der Naturwissenschaften.*

La del éter, sin embargo, basta para sacar lógicamente consecuencias importantes.

Supongamos (¿por qué no nos ha de ser permitida una suposición á nosotros también), supongamos, no ya la existencia de Dios, sino la de los mundos esparcidos en el inmenso espacio, poblados de seres, como es bien natural, pues algún objeto han de tener, y en alguno de ellos una humanidad ó llámese como se quiera, muy superior en evolución, y por lo tanto, en fuerza y en inteligencia al hombre de este mundo. Es una suposición muy racional que, como tal hipótesis, nadie puede rechazar.

Pues bien: esos seres superiores han llegado á comprender una gran parte de esas leyes naturales que nosotros no hemos llegado á vislumbrar siquiera. Dotados de más y de mejores sentidos que los hombres, y de una superior inteligencia, han podido alcanzar el secreto de la fuerza, y por medio de un acto sencillísimo de su voluntad, disponer de ella á su albedrío

¿Por qué no podría ser así? Concíbese que el origen ó principio de las fuerzas sea muy simple, delicado y fácil de remover. Un pequeño cambio de vibración etérea puede desarrollar una fuerza capaz de destruir un mundo. Sucede en esto lo que en las máquinas de equilibrio inestable: un fusil, por ejemplo, cuya explosión es debida al insignificante movimiento de un dedo. Supuesta la vibración molecular ó etérea: luz, calor, electricidad, con un simple movimiento inicial puede incendiarse todo un sistema planetario.

Lo ha dicho Franklin: «Es imposible imaginar el grado al cual podrá elevarse dentro de mil años el poder del hombre sobre la materia.» Y Renán, á su vez: «¿Quién sabe—exclama—si la ciencia infinita no traerá consigo el poder infinito?»

Y ¿quién dice á Renán que esto no haya sucedido ya en alguno de los otros mundos más antiguos que éste?

En ese caso, un ser ó seres con ese poder infinito serían un hecho ya.

De esta suposición hay que partir. Concebir la existencia de un ser ó varios seres poderosos é inteligentes, que habiendo llegado á ese grado de evolución que esperan Franklin y Renán, pueden estar ya en condiciones de dominar invisiblemente los elementos de nuestro mundo.

¡Y qué! ¿Creéis que no habrá en todo el universo uno ó muchos seres de esta clase? ¿Por qué no? Así como hay hombres en la tierra, ¿por qué ha de ser irracional é imposible que haya seres muy superiores al hombre en otros mundos?

Dejar de admitir esta suposición es lo irracional.

Admitida, pues, deben admitirse también diferentes condiciones de vida en esos seres, que en nada repugnan á la composición atómica del universo. Dotarles de un cuerpo invisible ó etéreo, no será una suposición anticientífica, puesto que según la ciencia existe el éter. No es menos admisible conceder á esos seres etéreos la facultad de rápida traslación por el espacio. Seres de esta naturaleza irán de un mundo á otro con la velocidad del relámpago. Su cerebro tendrá una finura de complexión muy exquisita. Acaso el nuestro debe lo que es á fuerzas parecidas, pero albergadas en grosera masa. Mejor se concibe un cerebro etéreo que uno humano.

Estos seres, pues, cuya existencia la ciencia, si ha de haber lógica, no puede tener por imposibles, pueden venir á visitarnos si les place, pueden vernos, hablarnos, producir á nuestro lado fenómenos cuya causa nos admire ó nos espante por invisible y misteriosa.

Nuestro cerebro está repleto de éter, como todos los mundos; un pensamiento, un recuerdo, la más simple idea, el más insignificante movimiento atómico, producido en alguna parte de la masa encefálica, es trasmitido por los infinitos espacios hasta los más desconocidos mundos; porque es cosa sabida que la más ligera comprensión en el éter se propaga con una velocidad infinitamente mayor que la de la luz.

Si un ser hay en alguno de esos mundos capaz de entender ese movimiento, signo en que va envuelta la idea, como el telegrafista entiende los golpes del manipulador, no habrá secreto ninguno en el universo para ese ser.

Por un admirable efecto que se explica, así como las ondas sonoras que salen de una orquesta en nada se estorban ni entorpecen unas á otras, llevando cada una el sonido puro y especial de su instrumento á los oídos de la concurrencia, así la ondulación ó vibración etérea camina sin perder su propio movimiento, ni mezclarse con las otras infinitas que la acompañan. El gran director de la sinfonía del Universo, puede oir ó sentir distintamente cada una de ellas, con más exactitud que el director de orquesta oye y aprecia las notas de cada uno de sus músicos.

La oración mental llegará á aquel ser tan pronto y fácilmente como si él estuviese dentro de nuestro pensamiento. Por este lado, lo mismo da figurarse á Dios dentro del mundo que fuera de él. Pero, no sólo á Dios llegarán las más cultas ideas y los más fugaces sentimientos, sino á cualesquiera otros seres superiores, cuya naturaleza les ponga en aptitud de relacionarse con el éter y entenderlo.

El éter es, sin duda, el medio de comunicación de las más elevadas é inteligentes criaturas.

¡La vida en el éter!

He aquí un ideal traido por la ciencia. ¿Renegará ella de su propia obra?

El hombre empieza á participar de esta vida etérea por la luz. El éter hace verdaderas maravillas con ella. Los mundos y los seres se están fotografiando en el espacio en todos los momentos. Las imágenes se sucedén unas á otras hasta lo infinito. La historia de la tierra allí, en los espacios sidéreos, queda retratada; y si después de abandonar estos pobres restos humanos subsiste algo de nosotros que pueda ir á gozar de esa otra vida celestial y espléndida, contemplará este mundo desde las alturas en todos los aspectos que desde su origen ofreció el planeta á la reflexión de la luz. ¡Qué esperanzas y qué consuelos llevan estos descubrimientos asombrosos á los que los saben apreciar y comprender! ¡Qué! ¡Podremos vernos tal cual estamos ahora y estuvimos en las diferentes fases de la vida, á nosotros, á nuestros hijos, á los contemporáneos todos, á los pasados y á los que vendrán después de cientos y millares de años, con sólo ir al encuentro de esos rayos de luz que llevan consigo las imágenes! Podremos estudiar de esa manera la historia de los mundos, gozar del glorioso espectáculo de la creación y de la conservación del Universo, y ¿no habrá de ser asi?

Todas esas espléndidas perspectivas, cuya existencia se prueba y demuestra de un modo matemático ¿no habrán de tener espectadores? Esto sí que sería el colmo de lo absurdo.

No; nosotros esperamos ver todo eso y mucho más. . . ; pero, basta de lo que pudieran tomar algunos por pura fantasía, siendo como son, sin embargo, lógicas deducciones de las premisas establecidas por la ciencia misma.

La suposición de la existencia de seres invisibles no es anticientífica; porque lejos de haber algo en la ciencia que nos prohiba dudar de la existencia de substancias inmateriales, todo en ella, al contrario, nos presenta analogias que nos llevan directamente á esta opinión. Se supone, en efecto, y se nos hace creer con abundantes pruebas, en un fluido, el éter, esencialmente diferente de la materia, produciendo fenómenos admirables de luz y de calor, de atracción y de gravitación, incompatibles todos con los cuerpos materiales, que parecen penetrados hasta sus partes más recónditas por tan extraño agente; es natural, por lo tanto, llevar la inducción y la analogía más lejos, elevándose á enti-

dades más inmateriales aún y espirituales. Si existe á nuestro lado el éter invisible, sutil, incoercible, imponderable, influenciando de tal manera todo nuestro mundo ¿qué extraño es suponer, y aun creer, que existan otros universos en los que ningún sentido humano pueda penetrar?

Tampoco hay razón científica ninguna que haga increíble la presencia de estos entes espirituales en los lugares mismos ocupados por los cuerpos materiales, puesto que se comprende el éter inundando y compenetrando los cuerpos todos. La ciencia misma que nos ha enseñado á ver en la naturaleza rebosar la vida por todas partes; que nos ha demostrado la posibilidad de la existencia en los mundos celestiales; que nos ha descubierto la realidad de los organismos microscópicos ¿por qué no ha de admitir la hipótesis de los seres etéreos invisibles? ¿Por qué ha de negar tan tercamente toda una importantísima clase de fenómenos que se podrían explicar con esa hipótesis? ¿Por qué, en un medio etéreo, que nuestra pobre organización no puede percibir, no habrá de funcionar un órgano como el cerebro humano, y residir una inteligencia superior?

No tiene sólo por morada el pensamiento el cerebro humano; los cerebros de la hormiga y de la abeja obedecen á un plan perfectamente distinto. Más parece amoldarse por su naturaleza el pensamiento al éter, que á una masa encefálica. Si hay seres inteligentes en el éter, que no conozcan al hombre, se admirarían muchísimo si se les dijese que el pensamiento en la tierra está encerrado en una caja de hueso, y que reside en una materia espesa y coagulada. Imposible sería que concibiesen una cosa tan espiritual y divina, sometida á tan groseras y ruines condiciones. Mucho más difícil sería convencer á un habitante del éter de la existencia humana, que á los sabios del mundo de la existencia del habitante del éter.

No hay nada, pues, en la ciencia ni en la filosofía, que demuestre la imposibilidad del mundo invisible, ni que tienda siquiera á hacernos dudar de la existencia de seres inteligentes inmateriales.

Si la ciencia lo niega, es que no encuadran en la pequeña sinopsis, en la que un método insuficiente y mezquino quisiera encerrar las leyes de todos los universos.

Y ahora, justificada nuestra hipótesis, diremos en resumen: que así se miren los últimos colosales esfuerzos de la metafísica como las minuciosas observaciones de la ciencia, el resultado es el mismo: fuerza y sabiduría, es decir, voluntad é idea bastan para explicar el mundo.

Como quiera que se entienda el error de Hegel, si la conciencia de

Dios está en formación, no será ciertamente el espíritu del hombre en máximum de desenvolvimiento, sino el del ser más elevado del más antiguo de los universos.

Un ser ó varios seres de uno de estos órdenes, en los últimos límites de una evolución casi eterna, pueden causar en nosotros, por una sugestión sistematizada y permanente, esa apariencia del mundo de los cuerpos, real creación de su sabiduría.

Es una consecuencia religiosa que la ciencia no puede rechazar en buena lógica.

Lo divino, en último extremo, no es más que esto: una superioridad misteriosa, así como lo religioso es una dependencia reconocida.

Las hipótesis crecen y se ensanchan á medida que la ciencia extiende sus dominios; llega un tiempo en que las hipótesis limitadas de nada sirven.

Hemos visto al positivismo, representado por Herbert-Spencer, chocar en la «Energía infinita y eterna», como en la razón última de las cosas. Es que la ciencia, como el mar en las costas, toca ya en las orillas de lo divino.

No falta más que atribuir á esa energía primera el designio, la sabiduría.

Esta debe ser la última hipótesis: Dios.



CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900
EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

SEGUNDA CONFERENCIA

(Continuación).

RELACIÓN DE LA TEOSOFÍA CON LA CIENCIA, LAS FILOSOFÍAS Y LAS RELIGIONES (1).

SEÑORES: Deseo, antes de principiar, decir algunas palabras acerca de un punto tratado en mi conferencia del miércoles.

Tuve ocasión de citar hechos relacionados con el hipnotismo; os dije, entre otras cosas, que se ha dado el caso de recobrar ciertos locos la razón durante el sonambulismo provocado; pero dejé de añadir que su locura había reaparecido con la cesación del estado hipnótico. Temo haberos hecho creer, involuntariamente, que puede el hipnotismo curar la locura y que es un excelente método terapéutico; pues bien: deseo, por lo contrario, afirmar que personalmente le considero muy peligroso; puede aliviar en determinados casos, por lo común, pero suele causar un daño considerable; he dejado de practicarlo el día en que comprendí los inconvenientes que ofrece, esto es, hará unos quince años próximamente.

Paso ahora á ocuparme de lo que he de exponeros esta noche: trataré de la relación de la Teosofía con la Ciencia, las Filosofías y las Religiones. Siendo el tema vastísimo, habré de tratarlo muy á la ligera y no podré, por lo tanto, causaros gran impresión; pero haré cuanto pueda para interesaros.

I

RELACIÓN DE LA TEOSOFÍA CON LA CIENCIA

A cierto número de oyentes extrañará quizá este encabezamiento, persuadidos, sin duda, de que si puede existir alguna relación entre la Teosofía,

(1) Por falta de tiempo tuve que abreviar de tal modo esta conferencia en el *Aula* al tratar de la segunda y tercera parte, que creo útil completarla ahora.

las Filosofías y las Religiones, no sucede lo mismo respecto á la Ciencia.

Si tal pensaran, tendría que desengañarlos.

Al propagar la Teosofía enseñanzas morales y religiosas, lo hace porque sabe que la religión y la moral son necesarias sobre todas las cosas al mundo actual; que en ellas estriban la felicidad de los hombres y la salvación de los pueblos. Mas según os dije en mi definición de la Teosofía, esta es la Ciencia de la Vida; la Vida está en todo cuanto existe; manifiéstase por la vida de las formas, por la vida mental y por la vida divina. Al estudio de las formas— bien pertenezcan éstas al mundo visible ó á los mundos invisibles para nuestros ojos físicos · se llama hoy día la Ciencia; la Filosofía es el estudio de la mentalidad, el estudio de las almas y de Dios que es su origen – el estudio de lo divino —es la religión. Siendo la Teosofía la Ciencia de la Vida universal, no puede ignorar la ciencia de las formas, y por lo tanto, la Ciencia.

Esta afirmación os parecerá presuntuosa quizá y diréis: ¿cómo han de poder enseñar doctrinas científicas hombres desconocidos en la Ciencia oficial? También preguntaréis, no sin razón: ¿quiénes son esos hombres, cómo pueden saber, qué pruebas poseemos de su ciencia, de su autoridad?

Y os contesto: ¿Qué os importa? ¿Se impone la Verdad por la autoridad de aquel que la represente ó bien por sí misma?

¿Debe creer el hombre bajo palabra ó efecto de su razón? Os expondré como simple teoría lo que tengo que deciros esta noche á cerca de un punto especial de la ciencia, examinadla; si os parece errónea la teoría, desechadla; y aceptadla, si, por el contrario, satisface á vuestra inteligencia y á vuestro corazón.

La cienca oficial no lo sabe todo—puedo afirmarlo sin ofenderla;—avanza sin cesar; nos ofrece un maravilloso ejemplo de sabiduría, paciencia y perseverancia; camina paso á paso, asegurando constantemente su marcha, retrocediendo cuando yerra el camino, para variar de dirección, siguiendo siempre un método positivo que la guía seguramente y la ha de llevar sin duda alguna al puerto de un porvenir no muy lejano. Profeso el mayor respeto por la Ciencia, tengo por ella la admiración más grande, pero sé que aún no ha alcanzado la meta de sus esfuerzos; sé también que sus dominios son limitados: son los dominios de los *sentidos*. Allá donde ya no perciben luz alguna los ojos físicos, donde las balanzas y los reactivos son impotentes, no puede penetrar. La Teosofía, por lo contrario, á la vez que fomenta la ciencia, enseña á desarrollar los sentidos sutiles, los sentidos de los cuerpos invisibles, y cuando se han desarrollado esos sentidos, puede el hombre estudiar los mundos superiores, hechos visibles entonces, y adquirir el conocimiento de los mismos. Enseña y demuestra la Teosofía que ese desarrollo de los sentidos internos es posible, pero la prueba es siempre una prueba personal; aquel que la posea no puede transmitirla á los demás. Vivimos en medio de todas las vibraciones del Universo, mas sólo percibimos aquellas á las cuales podemos responder; mientras no hemos desarrollado los senti-

dos que corresponden á las demás, no existen para nosotros. La Verdad es un inmenso océano; los hombres son recipientes sumidos en él; la Verdad que contienen está relacionada con el volumen de su vaso, pero ésta crece sin cesar, y puede el hombre recibir, conocer de ese modo un fragmento de verdad cada vez mayor.

Si os dijese: enseña la Teosofía que los cuerpos se atraen y se repelen en tales ó cuales condiciones, que gira la tierra en derredor del Sol ó cosas análogas, me contestaríais sin duda: «la Teosofía nada ha inventado, todo esto lo sabemos hace mucho tiempo», y tendríais razón.

Elegiré, pues, como ejemplo de la relación existente entre la Teosofía y la Ciencia, un punto acerca del cual ha emitido la ciencia numerosas hipótesis sin conseguir resolverlo aún: la cuestión de la fuerza-materia y de los átomos. Es un punto importante, desconocido todavía, pero que se descubrirá, según creo, en breve, al menos en parte; recordad, pues, lo que me propongo exponeros acerca de este punto, y cuando haya descubierto la ciencia aquello que está á su alcance descubrir, tendréis la prueba de que ya conocía la Teosofía el punto en cuestión.

El problema de la fuerza-materia fué conocido de los Iniciados en todos tiempos; era enseñado en los antiguos templos á aquellos capaces de comprenderlo; los sabios más afamados, los filósofos más eminentes, los santos más grandes eran sacerdotes; la ciencia y la religión eran entonces hermanas, como también lo serán en un porvenir no lejano.

Ocultábanse esas enseñanzas bajo símbolos, y esos símbolos se entregaban á las masas; el problema de la fuerza-materia y de la creación estaba encerrado en el mito de Baco (1). Baco jugando á los dados sorprendido por el Titon que le despedaza. Reservo la explicación completa de este símbolo para la tercera parte de mi exposición, ó sea la relación de la Teosofía con las religiones, y sólo me ocuparé ahora de su aspecto puramente científico.

La Teosofía, tal como yo la he comprendido, ofrece acerca de la fuerza-materia, acerca de los átomos y los centros que forman éstos en el Universo, las enseñanzas siguientes:

¿Qué es el átomo? Es una energía vibratoria envuelta en la materia. La energía tiene su origen en el movimiento universal, el *Verbo*, el sonido, esto es, la vibración del Logos, la *Fuerza de Dios*.

La materia, ó mejor dicho, las formas producidas por la energía divina, toma su origen en aquello que se ha llamado la substancia primordial no diferenciada, la *Mulaprakriti* (Raíz de la Materia) de los hindos, *lo que, en oposición á la Energía, permite la manifestación de la fuerza:* lo opuesto de la fuerza, en realidad, aquello que pudiera llamarse fuerza negativa.

---

(1) También se representa bajo otros mitos y símbolos, según la forma de religión que se estudia. Hemos elegido el mito de Baco porque se aplica mejor que muchos otros al objeto que nos proponemos.

El átomo primitivo es esférico y hueco; la fuerza agujerea la materia no diferenciada, homogénea, y comprime al mismo tiempo la substancia situada sobre la periferia de la esfera así formada: la fuerza llena su vacío: la materia comprimida constituye su envoltura.

Ese átomo realiza, bajo la dirección de la Inteligencia cósmica, el Demiurgo antiguo, múltiples combinaciones, basadas en 7 de éstas que son fundamentales. O dicho de otro modo, forma el átomo primitivo al asociarse con otros átomos de su especie, 6 átomos secundarios, progresivamente complejos, y de la asociación de esos 7 átomos nacen las diversas formas de ese mundo primero: tal es el primer centro, el primer plano del Universo, el primer mundo.

La Inteligencia cósmica forma después el átomo primordial del segundo mundo agregando en derredor del átomo primitivo del primer mundo cierto número de átomos secundarios (los últimos los más complejos) de ese mismo mundo. Si representamos al átomo primitivo del primer mundo por un círculo ◯, el átomo primordial del mundo segundo será un círculo rodeado de un segundo círculo. Ese átomo, al combinarse con sus semejantes, forma, como anteriormente, 6 átomos secundarios, y de las asociaciones variadas de los 7 átomos de ese segundo mundo, resultan todas las formas de los seres que se encuentran en él: es el segundo plano, el segundo mundo.

Del mismo modo tiene lugar la formación de los mundos sucesivos; por la construcción inicial de un átomo fundamental, ó más bien, de un verdadero océano de átomos primordiales, que dan nacimiento á seis mares de átomos secundarios y á todas las formas (seres) de aquellos mundos. Y tenemos así, sucesivamente, 7 átomos primordiales y 7 mundos. Cada átomo primordial está formado, como hemos dicho al tratar del segundo, por el átomo primordial del mundo que le precede revestido de una capa compuesta de átomos secundarios del sexto grado de ese mundo (del grado más grosero). El átomo primordial del segundo mundo tiene, por lo tanto, una envoltura; dos envolturas el del tercer mundo, y, finalmente, seis el del séptimo mundo, el nuestro, el mundo visible, el mundo físico.

Haré observar, antes de seguir adelante, que el séptimo átomo primordial, el átomo del mundo físico, contiene, por consiguiente, los átomos de todos los mundos, y como todas las facultades están constituídas por vibraciones atómicas, el cuerpo físico completamente desarrollado, puede vibrar bajo el impulso de todos los mundos, puede repetir las vibraciones de todos esos mundos. Cuando hayan sido puestos *en actividad* por la evolución todos los átomos ó las series de átomos de los órganos cerebrales, entonces el hombre perfeccionado estará en contacto con todos los mundos, y lo que realiza la evolución poco á poco, puede un estudio especial conseguirlo rápidamente; he aquí por qué comprenderá el hombre algún día al Universo entero; por qué ciertos hombres, á los que llamamos grandes Iniciados, Maestros, ya pueden ver, estudiar y conocer los mundos todavía invisibles para la mayoría de los hombres.

Mas diréis, ¿por qué ese número 7? ¿Por qué 7 átomos primordiales en el Universo? ¿Por qué 7 átomos en cada mundo y por qué 7 mundos? No me es posible aduciros la prueba evidente de lo que expongo con argumentos sacados de lo que conocemos acerca de las leyes de la Naturaleza, pero no dudo de que la ciencia llegará á convencerse, efecto de nuevos descubrimientos, de que el septenario es realmente la ley cíclica de las operaciones de la Naturaleza en nuestro Universo.

Muchos hechos revelan ya esa serie septenaria. Cuando la luz atraviesa por un prisma, manifiéstase por los 7 colores del espectro: el sonido cuenta igualmente 7 notas fundamentales. Del mismo modo tienen lugar las agrupaciones de los elementos químicos: Hellenbach y Mendelejef, entre otros muchos, han comprobado este hecho. He aquí unos cuantos renglones escritos por Hellenbach y que copiamos de su obra titulada la *Mágia del número*:

«La ley en la que se fundan nuestros conocimientos acerca de los fenómenos, permite asegurar que las vibraciones del sonido y de la luz aumentan de número con regularidad, que se agrupan en 7 columnas y que los elementos sucesivos de cada una de esas columnas están tan estrechamente ligados, que esa relación no sólo se expresa por números, sino que la práctica la confirma en la química y en la música.

... El hecho de que esas variaciones y esa periodicidad están regidas por el número 7, es innegable; no es obra del azar; tiene una causa y debemos encontrarla.»

Al inscribir Mendelejef los elementos químicos por orden de pesos atómicos sobre una columna horizontal, encontró á su vez que los elementos septenarios, esto es, aquellos representados por los números de orden 1, 15 22, 29, etc., poseen propiedades iguales — el litio (1), el sodio (15) y el potasio (22), por ejemplo,—y dedujo de sus observaciones lo que llama la *Ley de función periódica*.

Pudo así predecir las propiedades y caracteres de un elemento antes de su descubrimiento; decir, por ejemplo: tal elemento, actualmente desconocido y que ocupa tal número de tal serie, presenrará tales y tales propiedades y será un miembro de tal familia de elementos conocidos.

—La tabla de *Hellenbach* permite llegar á las mismas conclusiones.

—El Dr. Laycock halló la misma ley de periodicidad septenaria en los fenómenos fisiológicos de los organismos animales y humanos. *(Lancet*, 1842 *Periodicity of vital phenomena)*. Véase sus conclusiones:

«No puedo llegar á otra conclusión sino á la siguiente: la de que en los animales los cambios fisiológicos se producen cada 3 $^1/_2$, 7, 14, 21, 28 días, ó después de un número definido de ciclos septenarios.»

Podría completar estas citaciones y presentaros muchísimas más, si el tiempo me lo permitiese; pero he de abreviar para ocuparme de otro aspecto del asunto.

J. X. H.

(Se continuará.)

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

———

CAPÍTULO XI

CUANDO desperté era ya por completo de día y conocí que mi sueño había sido largo y profundo. Mi habitación era á manera de un jardín, tan llena estaba de flores. Vagaban por las mismas mis ojos complacidos; pero de pronto percibieron algo que les mantuvo fijos. Era una figura que en medio del aposento permanecía de rodillas: un sacerdote con la cabeza inclinada; pero yo sabía que era Kamen Baka. Movíme, y al ligero ruido que hice levantó la cabeza y miró en dirección á mí. Al moverme, me encontré con que el libro permanecía abierto á mi lado. Mis ojos quedaron fijos en la página, vi palabras que resplandecían, é inconscientemente las leí en alta voz. Cesó por fin, pues nada más había allí escrito en lenguaje inteligible; el resto era todo jeroglíficos.

Levantóse Kamen Baka. Le miré y vi que su faz estaba por completo iluminada, por lo que parecía una alegría salvaje.

—El besará hoy mis pies—exclamó.—Y entonces, al observar mi mirada de sorpresa, dijo:—¿Lo has leído todo?

—Todo cuanto acierto á comprender—contesté yo.—Lo demás está en caracteres extraños que no conozco.

Volvióme al instante la espalda y dejó mi cuarto. Miré de nuevo la página del libro que había leído para ver qué decían aquellas palabras que le habían excitado de un modo tan extraño. Ya no eran inteligibles para mí; también se hallaban escritas en jeroglíficos y las contemplé con desesperación, pues entonces me di cuenta de que no podía recordar ni una palabra de lo que había leído. La confusión en que me sumió un caso tan extraño aumentó mi cansancio, y de nuevo me dormí con la cabeza sobre las páginas abiertas del libro místico. No desperté del profundo sueño sin ensueños en el que me había sumido, hasta que un ruido me sobresaltó. En mi aposento estaban dos sacerdotes jóvenes; traían tortas y leche, y al ofrecérmelas, cayeron de rodillas. No sabía si sentir temor ó si reirme al verles de rodillas ante mí, que no era más que un campesino. En cuanto hube comido me dejaron, pero no estuve solo durante largo tiempo. Levantóse la cortina,

y al ver quién era el que entraba, di un salto y lleno de alborozo reí. Era Seboua el jardinero.

—¿Cómo es que has venido?—le pregunté.—Creía que no te vería más.

—Agmahd me envía—contestó.

—¡Agmahd!—exclamé asombrado, y me acerqué á él y oprimí su brazo entre mis manos.

—¡Oh! Si yo soy real—contestóme.—Ellos no pueden hacer un fantasma de mí. No dudes nunca cuando me veas de que soy yo mismo.

Hablaba colérica y bruscamente, y por un momento me dió miedo; pero no duró mucho. Volvió aquella extraña sonrisa á su feo rostro.

—Tienes que venir conmigo al jardín—dijo él, y me tendió su mano negra y grande. Dile la mía, pasamos rápidamente al través de grandes salas desiertas y de largos corredores del templo, hasta que llegamos á aquella angosta reja de hierro tras de la cual había yo visto por vez primera la faz de Sebona. Como entonces, así era ahora; más allá resplandecía el jardín: una visión de verdura, de luz, de colores.

—¡Cuán alegre estoy de volver aquí!—dije yo.

—Viniste por vez primera á trabajar, tenías que ser mi ayudante—dijo Seboua refunfuñando.—Ahora todo ha cambiado. Tú tienes que divertirte en lugar de trabajar, y yo tengo que tratarte como á un pequeño príncipe. Y bien; ¿no te han echado á perder aún, niño? Desearía saberlo. ¿Te gustaría bañarte?

—Pero, ¿en dónde?—dije yo.—¿En qué agua? Sería para mí una delicia el sumergirme y el nadar en agua fresca y profunda.

—¿Puedes nadar y amas al agua? Bien; ven conmigo y te enseñaré aguas profundas que estarán frescas por cierto. Ven conmigo.

Echó á andar y tuve que apretar el paso para seguirle. Hablaba consigo mismo á medida que andábamos, pero no pude comprender sus palabras. A la verdad, tampoco le escuchaba, pues iba pensando en lo muy delicioso que sería el zambullirme en agua fresca en una mañana como aquella lánguida y cálida.

Llegamos á un lugar en el que había un estanque vasto y profundo, en el cual caía el agua goteando en forma de lluvia rápida, de algún punto situado en alto.

—Aquí tienes agua—dijo Seboua,—y no hay flores á las que puedas hacer daño.

Yo estaba al borde del estanque, bañado por los cálidos rayos del sol, y me despojé de mi blanca vestidura. Por un momento dirigí mis ojos en torno mío pensando en cuán agradable era el sol, y me lancé al agua. ¡Ah, era fría en verdad! Casi perdí el aliento ante impresión tan súbita; pero me rehice y comencé á nadar, y pronto me dominó un sentimiento de placer ante la enérgica sensación de frescura que experimentaba. Sentíme fuerte y decidido en medio de tan dulces frescas aguas. Ya no me dominaba la languidez como en medio de los fragantes perfumes del templo, ni como entre los ricos

aromas de las flores de mi aposento. ¡Me sentía tan feliz!... Deseaba permanecer largo rato allí en el agua, al sol; así es que pronto dejé de nadar y me dejé flotar á la ventura cerrando los ojos, á fin de que la luz del sol no me cegara.

Súbitamente sentí algo tan extraño que me hizo perder el aliento; era, sin embargo, tan dulce, que no me atemorizó. Era un beso en mi boca. Abrí los ojos. Allí, á mi lado, junto á mí, reclinada en la superficie de las aguas, estaba mi propia Reina, la Reina del Lirio, la Señora del Loto. Prorrumpí en un grito de gozo. En un momento desvaneciéronse de mi mente todos cuantos placeres había experimentado desde la vez postrera en que la había visto. Ella era mi Reina, mi hermosa amiga; cuando ella estaba presente no existía para mí nadie, ni nada más en el mundo.

—Niño, has venido á mí otra vez—dijo ella;—pero pronto me abandonarás, ¿y cómo puedo yo ayudarte si tú me olvidas por completo?

Nada contesté, pues me hallaba avergonzado. Apenas podía creer que la hubiese olvidado, y, sin embargo, sabía que era cierto.

—Las aguas en las que yaces ahora—dijo ella,—vienen de aquel lugar en el que mis flores, los lotos, residen en su gloria. Tú morirías si en las aguas en que ellas moran estuvieras como aquí. Pero ésta que de las mismas cae en forma de lluvia, contiene un poco de su vida, al paso que la suya propia se la ha dado á ellas. Cuando puedas sumergirte en el agua del estanque del loto, serás tan fuerte como el águila y tan ansioso como la vida del recién nacido. Hijo mío, sé fuerte; no prestes oídos á la adulación que te confunde; escucha únicamente á la verdad. Mantente á la luz del sol, niño querido, y no permitas á los fantasmas que te engañen, pues la vida de las vidas te está esperando, la flor pura del saber y del amor dispuesta está para que tú la cojas. ¿Querrías tú, acaso, ser un mero instrumento en manos de aquellos que tan sólo desean para sí mismos? No; obtén conocimientos y aumenta tu fuerza, y entonces serás uno de los que comunican la luz del sol al mundo. Ven, hijo mío, dáme tu mano; levántate confiado, pues esta agua te sostendrá; levántate y póstrate en ella; bebe la luz del sol; levántate y póstrate sobre ella y dirígete á la luz de toda vida á fin de que te ilumine.

Me levanté cogido de su mano. Me arrodillé junto á ella. Me levanté de nuevo, y con ella permanecí sobre el agua, y luego ya no me di cuenta de nada más.

«¿Querrías tú, acaso, ser un mero instrumento en manos de aquellos que tan sólo desean para sí mismos? No; obtén conocimientos y aumenta tu fuerza, y entonces serás uno de los que comunican la luz del sol al mundo.»

Al despertar sentí como si hubiesen murmurado junto á mi oído estas palabras; las repetí una y otra vez, y recordé perfectamente cada una de ellas. Pero eran para mí vagas y sin sentido alguno; me había imaginado comprenderlas cuando por vez primera las oí, pero ahora sonaban en mis oídos á manera de los buenos consejos de un predicador á los bailarines en las fiestas.

* * *

Era yo un niño cuando estas palabras fueron murmuradas á mi oído; un muchacho, indefenso por su ignorancia, y en el que la juventud rebosaba. Al través de los años de mi adolescencia, el grito de la Reina del Lirio á mi alma resonaba confuso y sin significado alguno en las regiones obscuras de mi cerebro. Eran para mí como el canto del sacerdote para el niño que tan solo oye su música. Sin embargo, jamás las olvidé. Mi vida había sido entregada á los hombres de quienes yo era esclavo en espíritu y en cuerpo; las cadenas pesaban sobre mi alma dormida. Al paso que mi cuerpo cedía estúpidamente á la dirección de sus dueños, yo era un esclavo; sin embargo, sabía que la libertad existía bajo del cielo libre. Pero aunque obedecía ciegamente y entregaba toda mi fuerza y poderes á los bajos usos del profanado templo, conservaba vivo en mi corazón el recuerdo de la hermosa Reina y en mi mente permanecían sus palabras escritas con caracteres de fuego que no moriría. Sin embargo, á medida que mi cuerpo se desarrollaba mi alma enfermaba dentro de mí. Aquellas palabras que á manera de una estrella vivían en mi alma, lanzaban una luz misteriosa sobre mi vida desolada. Y fuí reconociendo esto á medida que mi mente se desarrollaba y un aniquilamiento abrumador, como de desesperación ó de muerte, ocultaba á mis ojos todas las bellezas del mundo. De un niño alegre, una criatura feliz con la luz del sol, convertíme en un joven melancólico, de ojos dilatados por las lágrimas y cuyo corazón enfermo encerraba ocultos dentro de sí muchos secretos, sólo á medias comprendidos, de vergüenza, de pecado y de tristeza. Algunas veces, al andar errante por el jardín, contemplé el agua tranquila del estanque del lirio y rogué ver de nuevo la visión. Pero no vino. Había yo perdido la inocencia de la niñez y no había conquistado aún la fuerza del hombre.

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO

Hallábame en el jardín del templo bajo un árbol frondoso que sumía en sombra profunda al césped. Grande había sido mi cansancio puesto que durante toda la noche anterior había permanecido en el Santuario transmitiendo á los sacerdotes los mensajes del negro espíritu. Dormí un rato al aire tibio y desperté lleno de tristeza. Sentí que mi juventud se había desvanecido, y, sin embargo, jamás había gozado de sus ardores.

A cada lado tenía á un sacerdote joven. Abanicábame uno de ellos con una ancha hoja que debió haber cogido del árbol. El otro, apoyándose con una mano sobre el césped, me contemplaba ardientemente. Sus ojos eran grandes, negros y agradables, á modo de los de un animal bondadoso.

Con frecuencia había admirado su hermosura y con satisfacción la veía á mi lado.

—Habéis permanecido demasiado tiempo en sitio cerrado. Mirad ahora —dijo él cuando me vió abrir los ojos con fatiga y fijarlos en su faz.—No os matarán ellos con las ceremonias del templo; á la verdad, sois el único que puede darles vida. ¿Queréis venir á la ciudad con nosotros y probar algo distinto del aire del templo?

—Pero nosotros no podemos—dije yo.

—¡No podemos!—contestó Malen despreciativamente.—¿Suponéis acaso que estamos aquí como prisioneros?

—Pero aun cuando hallemos medio de salir, las gentes nos conocerán. Los sacerdotes no andan entre la multitud.

—La gente no nos conocerá—dijo Malen riendo alegremente.—Agmahd nos ha concedido libertad. Agmahd nos ha dado poder. Venid si queréis; ya estamos andando.

Levantáronse los dos y me tendieron las manos para ayudarme á levantar, pero ya no me sentía débil. Me puse en pie de un salto y arreglé mi blanca vestidura.

—¿Tenemos que llevar estas ropas?—pregunté yo.

—Sí, sí; pero nadie nos conocerá. Pareceremos mendigos ó príncipes, lo que queramos. Agmahd nos ha concedido poder. ¡Venid!

Me sentía tan complacido como ellos ante tal perspectiva de aventuras.

Atravesamos corriendo el jardín hasta que llegamos á una puerta angosta abierta en el muro. Tocóla Malen, y con facilidad se abrió. Estábamos fuera del templo.

Al través de la llanura, y en dirección de la ciudad, marchaban mis compañeros charlando y riendo. Acompañábales yo y escuchaba; pero comprendía muy poco de lo que decían. Evidentemente conocían la cuidad que para mí sólo era un nombre. A la verdad, con mi madre la había yo recorrido, descalzo como un muchacho campesino. Pero ahora, al parecer, iba á entrar en las casas é iba á trabar conocimiento con gentes opulentas y de gran posición. Ante aquella idea sentíme atemorizado.

Apresuramos el paso hasta que penetramos en una de las calles más bulliciosas. Rebosaba de gente alegre y ricamente vestida, y las tiendas, al parecer, solo vendían joyería. Penetramos por un gran pórtico en un vestíbulo y de allí pasamos á un patio de mármol en donde murmuraba una gran fuente y en el cual grandes ramos de flores exhalaban un perfume intenso.

Ancha escalera de mármol arrancaba de aquel patio por la que inmediatamente empezamos á subir; y en cuanto llegamos arriba, abrió Malen una puerta y entramos en un aposento completamente revestido de tapicería recamada de oro, en el cual había un cierto número de personas cuyos trajes y pedrerías me deslumbraron. Hallábanse sentados en torno de una mesa bebiendo vino y comiendo dulces. Lleno estaba el aire de risas y de charla, y los perfumes lo hacían pesado. Levantáronse tres mujeres muy bellas, y

saliéndonos al encuentro, nos dieron la bienvenida, nos cogieron á cada uno la mano haciéndonos sentar á su lado. Al cabo de un momento pareciamos ser de la partida y confundimos nuestras risas con las suyas como si hubiésemos estado juntos durante toda la fiesta. No sé yo si fué efecto del vino perfumado que bebía ó del mágico contacto de la hermosa mano que con frecuencia tocaba la mía, colocada sobre el bordado mantel que cubría la mesa, pero mi cabeza perdía su aplomo, experimentaba una sensación extraña y hablaba de cosas acerca de las cuales no conocía antes ni una palabra; causábanme risa frases que una hora antes me habrían resultado incomprensibles por no entenderlas.

La que permanecía sentada junto á mí oprimió con su mano la mía, Volvíme para mirarla; habíase reclinado sobre mí; resplandecían en su faz la juventud y la belleza. Sus espléndidos ropajes habían hecho que me considerase como un niño á su lado, pero entonces vi que era joven, más joven que yo, pero, sin embargo, sus formas eran tan espléndidas y su belleza tan radiante que, aunque por sus años era una niña, parecía una mujer por sus encantos. Al fijar mis ojos en los suyos que rebosaban de ternura, parecióme que la conocía bien, que sus encantos me eran familiares y que esta familiaridad hacía que obrasen en mí con mayor fuerza. Dijo muchas cosas que en un principio apenas comprendí, y que, á la verdad, apenas oí. Pero gradualmente, á medida que escuchaba, fuí entendiendo Díjome cuán grandes eran sus anhelos por mí en mi ausencia y lo mucho que me amaba y el poco caso que hacía de todos los demás hombres de la tierra.

—Obscura y silenciosa me parecía la habitación antes de que entrases—dijo ella.—El banquete no me causaba alegría alguna. Reían los otros, pero sus risas resonaban á manera de sollozos en mis oídos, los sollozos de los condenados al tormento. ¿Acaso he de estar triste yo, que me encuentro rebosando de juventud, de fuerza y de amor? No; esto no es para mí. ¡Ah! Amor mío, esposo mío, no me abandones, no me dejes de nuevo sola. Quédate á mi lado, y mi pasión te dará la energía necesaria para cumplir con tu destino.

Levantéme súbitamente de mi asiento, y oprimiendo enérgicamente su mano contra la mía, exclamé en voz alta.

—Es cierto; mal he hecho en desdeñar lo que constituye la gloria de la vida. Confieso que tu belleza, que en verdad es mía, había sido borrada de mi mente. Pero ahora que con mis ojos te contemplo, me maravilla que haya podido ver la hermosura en otra cosa que tú en el cielo ó en la tierra.

De pronto, mientras hablaba, tuvo lugar un movimiento entre los sorprendidos huéspedes. Con rapidez maravillosa habíanse levantado de la mesa y salido á un tiempo del aposento. Tan sólo quedaron los dos sacerdotes jóvenes, Sus ojos estaban fijos en los míos. Parecían alarmados, graves y serios. Levantáronse lentamente.

—¿No queréis volver al templo?—dijo Malen.

Mi contestación fué un gesto de impaciencia.

—¿Olvidáis—preguntó—que tan sólo hemos venido á contemplar las locuras de la ciudad á fin de conocer de qué clase de arcilla hállanse constituídos los hombres? ¿Sabéis que los sacerdotes iniciados deben conservar su pureza? Y vos, el vidente del templo, ¿qué hacéis? Yo mismo, que no soy más que un simple novicio, no me atrevo á ceder al ardiente anhelo por la libertad que llena mi alma. ¡Ah! ¡Ser libre, ser un hijo de la ciudad, conocer el significado de la vida! Pero no me atrevo. Sería menos que nada, no habría para mí lugar alguno en el templo ni sitio alguno en el mundo. ¿Qué va, pues, á ser de ti, el vidente? ¿Cómo podremos responder de ti á Agmahd?

No le contesté nada; pero ella, que permanecía sentada junto á mí, levantóse y se dirigió hacia él, cogió una de las joyas que adornaban su cuello, y colocándola en su mano, dijo:

—Dále esto y no preguntará nada.

(Continuará).

✤✤✤✤✤✤✤✤

CUESTIONARIO

Pregunta 4.ª—*The Vâhan* (Septiembre 1899).

S. A. N.—¿Podemos abrigar la esperanza de encontrarnos en los diferentes planos, después de la muerte, con aquellos á quienes hemos amado aquí bajo, aun cuando hayamos profesado creencias distintas? Por ejemplo, uno que, aun creyendo en Dios, esto no obstante, creía también en la aniquilación total, y otro que era ó bien Cristiano ó Teosofista; ¿nos encontramos en el Devachán, ó donde quiera que sea el lugar al que primeramente pasamos después de la muerte, ó debemos esperar hasta nuestra vuelta á la tierra? Aquí estamos con frecuencia separados de aquellos á quienes amamos; tomando como á ejemplo lo que sucede aquí, ¿podemos juzgar acerca de lo que pasa allí sirviéndonos de lo que conocemos para comprender lo que nos es desconocido?

A. A. W.—Mucho es lo que ha sido publicado por los escritores Teosóficos acerca de estos puntos.

Los tres Manuales Teosóficos *La Muerte ¿y Después?*, de Mrs. Besant, y *El Plano Astral* y *El Devachán*, de Mr. Leadbeater, les han sido dedicados; esto sin contar con otras obras más importantes y más minuciosas. Hablando de una manera sucinta, en el Kamaloka, estado por el cual pasamos al abandonar el cuerpo, se encuentran aquellos que están animados de sentimientos y deseos similares. No son las palabras de un credo las que son la causa de la separación, sino más bien que *allí*, en donde los pensamientos son hechos

reales, éstos tenderán naturalmente á crear un estado de cosas algo parecido á lo descrito en las visiones de Mrs. Kingsford—pues los que esperan el cielo Cristiano, lo crearán para sí mismos y lo compartirán con aquéllos con quienes se sienten atraídos - puesto que, siendo idénticas sus aspiraciones, se sentirán impelidos, por decirlo así, á reunirse y con mayor facilidad aún si su antiguo amor les atrae. Las circunstancias que á menudo son causa de separación en el plano físico, no existen en el plano astral; allí, lo semejante se atrae por necesidad. En el estado superior del Devachán, el poder de pensamiento con el cual rodeamos al ser querido, es mucho más potente aún que el de aquéllos que todavía se hallan en la vida física. Sea como quiera, no tenemos idea alguna de que los hemos abandonado; están allí con nosotros, y de una manera tan cabal y perfecta como jamás lo pudieron estar sobre la tierra, sin ningún velo de carne y sangre que se interponga entre ellos y nosotros. Ningún pensamiento terrestre puede interponerse para turbar esta dicha inmensa, pues todos ellos han sido abandonados con el cuerpo. Como su nombre lo indica, es el lugar de la bienaventuranza completa y perfecta. Si para nuestra felicidad necesitamos algo más que simples amigos, esto está también allí; el Maestro á quien hemos reverenciado—el Jesús que hemos amado—las nobles obras de devoción y de caridad que hubiéramos practicado si nuestro poder hubiese correspondido con nuestros deseos, la suprema belleza, de la cual en nuestra vida terrestre hemos tenido ligeras vislumbres, todo esto está allí, en la paz y alegría de nuestro Señor.

¡No digáis que esto es una Ilusión! Es la Verdad; es mucho más verdadero, mucho más sólido y substancial que todo cuanto existe sobre la tierra. No digáis que no es eterno, porque durará por tan largo tiempo como el alma lo desee, hasta que sobrevenga (no sabemos cómo) algo que todavía sea mejor. ¿Quién será capaz de hablar de esto?

A. P. S.—No es esta la primera vez que semejante pregunta se ha hecho; mas es de suma importancia que los que estudian Teosofía comprendan correctamente la respuesta. Al primer golpe de vista, la gente comprende que las enseñanzas de la ciencia oculta son desconsoladoras acerca de este punto, cuando las compara con las risueñas perspectivas ofrecidas á menudo—uno se ve tentado á decir, para que el contraste sea completo, la ignorancia religiosa—pero digamos más bien por la ignorante imaginación de los instructores religiosos vulgares. Satisfecho con la idea de que ya ha alcanzado el límite de toda evolución posible sobre la tierra, el hombre religioso vulgar supone que después de la muerte reanudará el progreso junto con sus amigos, bajo más felices condiciones, y lo demás lo deja envuelto entre los dorados pliegues de lo incierto. Esta hipótesis, sin embargo, no tiene en cuenta muchas dificultades. Prescindiendo de aquellos que se hallan identificados con la necesidad de los renacimientos futuros, consideremos imparcialmente la confusión que en los casos ordinarios puede surgir en el cielo cuando A. B., por ejemplo, necesita para su felicidad del amor y compañía de C. D., mientras C. D., completamente indiferente á A. B., reclama imperiosamente el

amor y la intimidad de E. T. para hacer del cielo una esfera de felicidad para él ó ella. En efecto, toda concepción vulgar acerca de los estados después de la muerte, atendido que ellos están estrechamente relacionados con la cuestión de las relaciones mutuas, supone cándidamente que «aquellos que hemos amado» nos han amado siempre; que todas las simpatías son mutuas, y que la tarea de la Naturaleza es proveer á la felicidad de sus hijos, suponiendo que ella está dispuesta á hacer todo esto de una manera acabada y sin tropiezo alguno. Lo que debiera admitirse como natural, es que algunas de las más amargas penas que la humanidad es susceptible de sentir aquí bajo, deben ser aplazadas en el «cielo», ó que debe existir algún gran error en la teoría vulgar del cielo, y de las condiciones después de la muerte de las personas que se han conocido en la vida terrestre.

Este exordio es necesario al tratar de dar una explicación teosófica referente al modo de ser verdadero de la entidad ordinaria después de la muerte, cuando ésta se halla en el estado devachánico, después de haber pasado por el estado correspondiente en el plano astral. La visión devachánica, como se la llama algunas veces, *no* es una realidad en el sentido que comúnmente se da á esta palabra, sino una deliciosa ilusión por medio de la cual la entidad interesada cree hallarse plenamente en la amante compañía de aquellos cuya sociedad desea. Esta ilusión está formada de todos los pensamientos y deseos que con respecto á ellos ha tenido en su pasada vida, presentándosele éstos en su más halagüeño aspecto. Y esta visión no se altera jamás hasta que el largo período del reposo devachánico ha terminado, aunque es susceptible de todas las modificaciones necesarias á la diversidad de intereses de la pasada vida. Aun cuando una vida espiritual, en el sentido más estricto de la palabra, no es una vida del orden más elevado, sin embargo, aquel á quien le es dado vivirla, más que un ser humano ordinario, es un ser de un orden muy elevado. El estado rupa-devachánico es una condición de la más perfecta felicidad mientras dura, pero es una condición adaptada exclusivamente á las necesidades espirituales de la humanidad en su presente período de evolución, pero que no llena todas nuestras más elevadas concepciones —las cuales exceden en mucho á nuestra presente evolución—relativas al estado final de la perfección espiritual.

Antes de que nos sea dable llegar hasta aquí, debemos haber alcanzado la perfección final de la evolución terrestre, y de esto nos hallamos muy lejos todavía.

En cierto sentido existe un grado mayor de lo que comúnmente se entiende por realidad, en la comunicación que en algunos casos puede ser posible en el plano astral, que puede ser claramente reconocida como perteneciente al estado rupa-devachánico. En el caso de dos entidades realmente unidas por un mutuo amor, como la fuerza más potente de su naturaleza, y cuya partida respectiva de esta vida no esté separada por largos períodos de tiempo, su reunión en el plano astral podría ser—aun considerada bajo el punto de vista terrestre—perfectamente genuína; pues á lo que parece, el

despertamiento en el plano rupa-devachánico del que falleció primeramente, no altera la efectividad de semejante compañía.

En cuanto á la dificultad que se refiere á los «diferentes planos y creencias», se comprenderá que todas esas cuestiones nada tienen que ver con la visión devachánica, puesto que su origen radica en la propia condición subjetiva de cada persona. Sólo parece necesario añadir que el plano ârûpa del devachân es una esfera de existencia en la cual la entidad que ha conseguido llegar hasta allí, no tiene necesidad de recurrir á la visión devachánica ordinaria. Allí está en presencia de realidades espirituales, pero éstas no son fácilmente comprendidas desde un nivel de pensamiento tan saturado con las ideas de forma como el que vivimos ordinariamente durante la encarnación la mayor parte de nosotros.

X.—No me cabe duda de que escritores más autorizados que yo se encargarán de contestar esta pregunta, pero hay un punto que desearía tocar. El preguntante habla de «uno que, aun creyendo en Dios», creía, sin embargo, en la aniquilación total. Desearía hacer constar de una manera positiva que nuestro destino futuro no depende en manera alguna de nuestra creencia ó incredulidad en un credo dogmático cualquiera. Todo aquel que durante la vida haya sentido simpatías por los Cristianos, no será separado de ellos en lo futuro, sólo porque no consiguió que sus argumentos respecto de la vida después de la muerte lograran convencerle. Cuando en la otra vida recobre la conciencia completa, verá que se le habrá engañado; esto es todo. Por otra parte, si un hombre ha vivido una vida material, lo cual es otra cosa completamente distinta, si se ha dedicado de una manera exclusiva á buscar sus goces en esta vida, sin tener para nada en cuenta los intereses del más allá, el hecho de que haya dado entero crédito á la doctrina de la vida futura, no alterará en lo más mínimo su destino. Cuando los hombres se hallen libres de los lazos del cuerpo físico, se reunirán, no según la clase de sus creencias respectivas, sino según la naturaleza de lo que hayan practicado durante sus pasadas vidas.

He dicho que nuestra creencia en esta ó aquella doctrina no tiene importancia alguna. Los teólogos nos repiten con frecuencia que nadie puede ser un hombre de bien y digno del favor de Dios si no cree en su propia religión particular; pero los lectores de *The Vâhan* apenas si necesitan que yo niegue este aserto. La suposición más correcta sería que la creencia de un hombre es un signo, un resultado de lo que él es. Y sin embargo, es tan evidente que la fe y la práctica no han marchado unidas en Inglaterra durante esos últimos tres siglos, que creeríamos inferir una notoria ofensa á nuestros compatriotas si no supusiésemos que lo comprenden así. Sus posteriores creencias están muy por debajo de la actual altura moral que han alcanzado; así, pues, no podemos decir que su fe afectará muy seriamente su destino, ni aun que producirá indirectamente consecuencias sobre su carácter, puesto que, prácticamente, no tiene influencia alguna sobre ellos. Cuando la fe es exclusivista y de carácter agresivo, el caso es diferente. Creo

*

que un Cristiano difícilmente sería bien recibido en un «cielo» Mahometano.

Creo que nuestra respuesta debe ser que nada hay en una mera diferencia de dogma, que pueda dividirnos después de la muerte. Lo que se quiere dar á entender por «diferencia de planos», no se me alcanza por completo. Parece natural que los lazos de simpatía cuyo origen radica sólo en el cuerpo, deben desaparecer con él, y que únicamente deben persistir las afinidades espirituales, las cuales, con frecuencia, poca ó ninguna relación tendrán con nuestras amistades del plano físico. A menudo se nos ha recordado que en este mundo es muy poco lo que en realidad conocemos acerca de nuestros más queridos amigos; que en los planos superiores adquirimos un conocimiento más completo, pues mientras que allí nos hallamos con frecuencia con que estamos unidos por estrechas amistades con desconocidos, difícilmente podemos evitar que de vez en cuando nos encontremos con que algunos de aquellos que hemos amado, muy poco tienen en verdad de común con nuestros deseos y aspiraciones, y que en manera alguna están relacionados con nosotros. Sin embargo, ganaremos mucho más que perderemos en el cambio.

Pregunta 5.ª—*The Vâhan* (Septiembre 1899).

H. A. W.—En *The Growth of the Soul* (El Progreso del Alma) (página 265) y en *The Ancient Wisdom* (La Sabiduría Antigua) (pág. 418), se nos dice que los siete períodos de una Raza Raíz forman un período del Mundo; siete períodos del Mundo una Ronda; siete Rondas un Manvántara; siete Manvántaras una Fase de Evolución; siete Fases de Evolución (más ó menos contemporáneas) el período de actividad de un sistema solar. El espacio de tiempo fijado en *The Secret Doctrine* (vol. II, p. 69, O. E.) para la duración de un Manvántara completo es de 308.448.000 años. De suerte que cada Ronda debería ser igual á 43.200.000 años, debiéndoseles añadir un crepúsculo de 864.000 años. Cada período del mundo abarcaría así (en números redondos) poco más de seis millones de años. Sin embargo, se nos dice que el hombre alcanzó su completo desarrollo físico en la mitad de la tercera Raza Raíz de la cuarta Ronda, hace de ello dieciocho millones de años. (S. D., vol. II, p. 312, O. E.) Por lo tanto, ó el período de una Ronda debe igualar al de un Manvántara, ó el Manvántara debe ser de una duración mucho mayor que la que se le concede, ó el espacio de tiempo que el hombre físico ha vivido sobre esta tierra en la cuarta Ronda, debe ser mucho menor que el que se le ha fijado. ¿Qué decís á esto?

A. P. S.—Repetidamente ha sido admitido que todas las cifras dadas en la moderna literatura exotérica acerca de la duración de Manvántaras, Yugas, etc., etc. (y este es el origen de donde proceden las que aparecen en *The Secret Doctrine*), son evidentemente erróneas. Tomar esas cifras por norma para especular sobre ellas, es perder inútilmente el tiempo. Desde el principio de los esfuerzos hechos por los Maestros con el objeto de enseñar, os cuales dieron origen á la literatura Teosófica, se declaró por modo im-

plícito que nada podía darse que tuviera relación con cifras. En efecto; hasta cuando en una ocasión pregunté acerca del valor del número 7, se me dijo: «Podría daros una respuesta, ó que á lo menos tal parecería, pero no sería la verdadera, por lo cual no debo darla; de modo que lo mejor es no arriesgar ninguna.» Hasta las tablas comunes acerca de la duración del Yuga y Manvántara se me dijo claramente que eran completamente erróneas.

De vez en cuando hemos conseguido proporcionarnos datos aislados que se refieren á la historia de la evolución. El hecho de que la quinta Raza fué fundada hace de ello próximamente un millón de años, parece ser verdadero. Creo, además, que algunos de nuestros investigadores han averiguado que desde el acontecimiento que comunmente se conoce con el nombre de diferenciación de los sexos, durante la tercera Raza Raíz hasta ahora, han transcurrido dieciocho millones de años. Pero aun esta fecha no nos ayudará en modo alguno para conjeturar acerca de la duración de las Rondas, etc.

Los períodos en los demás planetas de la cadena pueden ser completamente diferentes de sus correspondientes de aquí —más largos ó más cortos—, no lo sabemos. Al presente, además, rendiríamos un tributo al buen sentido admitiendo que esto no nos importa.

❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧ ❧

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

(Con la satisfacción propia de los que encuentran ideas que les son queridas, informando y acompañando á trabajos de jóvenes escritores de valía, reproducimos las siguientes frases, que seguramente agradarán á nuestros lectores, y más si tienen en cuenta que son originales de dos independientes y modernos literatos, que han merecido el aplauso de nuestros críticos imparciales).

. . . .

43. «Sufrir ayuda á pensar. La sombra del dolor sigue á la inteligencia como al cuerpo, y así como á raza superior y á superior tejido corresponde mayor capacidad para sentir dolores, así también á cerebro más perfeccionado corresponde más exquisita percepción del dolor. Tanto es así, que el cerebro del intelectual es un cerebro hiperestésico é hiperalgésico.

El dolor del pensamiento llega á saturar de tal manera el espíritu del intelectual, que matiza sus placeres de una tonalidad dolorosa y paradoxalmente le hace encontrar placer en los mismos dolores.

A un hombre que vive dentro de la más absoluta normalidad, no le con-

vencerán de que hay un placer en estar triste, sentado en el cuarto solitario, al anochecer, á media luz, viendo las sombras que salen de los cuadros y de las cortinas; ni de que hay un placer doloroso en no ser amado, en ver á la mujer querida bebiendo, enamorada, las palabras de otro hombre, mientras uno se retira olvidado, desdeñado y sólo; ni de que hay también placeres en desgarrar la conciencia con el análisis y en matar con este corrosivo las ilusiones, los sueños, los entusiasmos.

El dolor es una fuerza impulsora del progreso. La humanidad, como un caballo fogoso, corre en busca del ideal; el dolor es su acicate. Allá lejos está la dicha y la felicidad; pero á medida que se avanza ¡cuántos dolores, cuántas tristezas!

El árbol de la sabiduría no es el árbol de la vida, dijo Byron.

Retroceder es imposible: hay que correr, hay que sufrir, porque sufrir es pensar. Mañana, por el esfuerzo combinado de nuestros pensamientos y de nuestros dolores, la Humanidad verá la luz y dormirá envuelta en las dulzuras del Nirvana.»

(Pío Baroja: *Sufrir y pensar*. *Revista Nueva*, núm. 9.)

. . . .

44. «Cuando la atención es grande, se origina la presunción, ó sea que presumimos lo que aún no hemos oído: el final del párrafo en un discurso, una contestación en un diálogo, ó la conclusión de una frase, ó la repetición del motivo ó del tema en una obra musical.

Muchas veces nos ocurre que nuestras presunciones son engañosas y que no acertamos al presumir; y si entonces, en vez de distraernos aumentamos nuestra atención, nos entregaremos á la acción sugestiva, sentiremos como siente el orador ó como sintió el músico; tras la comunidad de sensaciones vendrá la comunión de raciocinios y la comunión de deseos; y cuando esto ocurra, si el orador se interrumpe bruscamente, adivinaremos con exactitud lo que el orador iba á decir y no lo dijo. He aquí la transmisión de pensamiento á distancia, el telégrafo sin conductores; un insecto partido en dos pedazos, á un lado la cabeza, que no puede moverse porque falta el motor dinámico, y al otro lado el cuerpo (donde está dicho motor), moviéndose según se lo ordena la cabeza.

Esta sugestión, que permite la transmisión del pensamiento sin el uso de ningún lenguaje, puede verificarse en un individuo ó en varios; puede ser mutua, fugaz... pasajera si se produce por el estado patológico que se llama hipnotismo y permanente si es consecuencia de una relación constante.»

(Silverio Lanza: *¡Peste de Vida!*, *Revista Nueva*, núm. 16.)



ION

DIÁLOGO PLATÓNICO

(NOTA BIBLIOGRÁFICA)

Ion, Diálogo platónico, traducido del griego por *Afanto Ucalego*. Madrid, MCMI.

Precedido de unos preliminares eruditísimos, en los que el autor ha demostrado su vasta ilustración sobre varias materias — y en especial las relacionadas con el helenismo en España —, acaba de ser traducido al castellano uno de los diálogos del gran filósofo é iniciado griego.

Afanto Ucalego, pseudónimo bajo el que modestamente oculta su nombre el concienzudo traductor, ha prestado un verdadero servicio á las letras españolas introduciendo en ellas por primera vez Ion, que tal es el título del diálogo. Y digo por primera vez, porque se trata de un verdadero trabajo crítico, emprendido con la necesaria ilustración para realizarlo. No podemos conceptuar del mismo modo las traducciones de Platón, hechas..... del francés.

Sea el tal diálogo apócrifo, como afirmaron algunos críticos de no escasa nombradía, entre ellos Zeller, ó auténtico como dicen otros muchos, y entre éstos un erudito de valor innegable, como es Laercio, el hecho es que en Ion, tanto en la forma como en el fondo, resplandece el más excelso y puro platonismo. Si mañana resultara que no era producto de la mente platónico, no por eso dejaría de ser más bello y elevado.

El asunto del diálogo es una plática sobre alta crítica literaria, en la cual se prueba, entre otras cosas, que no es el arte lo que guía en su entusiasmo al poeta ó en su exaltación al rápsoda, sino cierta fuerza *divina* y ajena á él, que le conmueve y agita, como puede agitar la potencia oculta en el imán á varios anillos de hierro, haciéndoles formar una cadena, sostenida únicamente por la oculta fuerza de unos en otros transmitida...

He aquí narrada íntegramente esta teoría:

«... no consiste en el arte tu bien decir acerca de Homero, sino que te mueve una fuerza divina, como la que hay en la piedra que Eurípides llama de Magnesia y la mayor parte de Heraclea. Porque esta piedra, no solamen-

te atrae á los mismos anillos de hierro, sino que les comunica la facultad de producir el mismo efecto en otros, atrayendo á su vez, como la piedra, otros anillos; de suerte que, algunas veces, resulta una muy larga cadena de anillos colgados unos de otros; pero á todos les mantiene en suspenso la fuerza de aquella piedra. Así también la Musa misma les hace á los poetas estar inspirados de un furor divino, y llenando de entusiasmo estos inspirados, á otros, forman una cadena en virtud de su dependencia.

. . . .

. . . . el espectador es el último de los anillos, de los cuales decía yo que cada uno de ellos recibe la virtud del otro por efecto de la piedra de Heraclea. El del medio eres tú, el rápsoda y el revelador de oráculos; el primero es el poeta mismo...», etc.

No he de citar más ejemplos para demostrar al lector teosofista el mérito del diálogo de Platón. Sólo esta clase de lectores podrán conocer toda la sabiduría *oculta* y toda la verdad que supo encerrar el iniciado helénico en este símbolo de la «cadena». Sólo esta clase de lectores podrán comprender después de éste, que no es sino uno de tantos ejemplos, cuán aventurado fué negar — como con tanto ahinco se hizo en otras épocas — los orígenes orientales del platonismo, cuando en Oriente, antes que en otros países, encontramos el molde de éste y otros múltiples símbolos que hicieron célebres á filósofos posteriores.



BIBLIOGRAFÍA

Con el título de *La Teosofia en Ginebra,* ha sido publicada la *Respuesta del Dr. Pascal á M. Gaston Fromel.*

Dicha respuesta es la resolución de algunas objecciones que desde la *Semaine litteraire* le fueron hechas al ilustre teosofista francés. Está publicada con una advertencia que dice: «Rechazada por la *Semana literaria»,* porque dicha revista hubo de negarse, poco noblemente, á insertar la contestación de M. Pascal, á pesar de haber sido ésta motivada por las objecciones que en sus columnas se hicieron á sus conferencias en el *Aula* de la Universidad.

❦

B. Vélez. — *Descubrimiento precolombino de la América.* París, 1894.

Un escritor americano, autor de trabajos tan curiosos como el titulado *Copacavana y su letra V* y otros no menos interesantes, nos envía la obra precitada, muy importante para el conocimiento de la antigua historia de América.

No obstante observarse en esta obra el prurito de la cita, del que pocos investigadores religiosos pueden prescindir, y no obstante observarse asimismo cierta labor tal vez inconsciente, pero de todos modos poco simpática, de empequeñecer la figura del *positivo* descubridor de América, la obra no puede menos de agradar por la galanura con que está escrita y por la riqueza de datos que sobre los precursores de Colón, sobre los que le disputaron la gloria y sobre otros puntos de interesante erudición, encierra. Lástima que en la tarea de investigación, que á través de la historia emprende el Sr. Vélez, conceda tan poca importancia á un problema muy relacionado con el de la *idea precolombina* de la América, cual es el de las tierras *desconocidas* á que hacen alusión frecuente las literaturas antiguas. Seguramente á los muchos puntos de vista que el Sr. Vélez estudia, hubiera añadido uno más, en nuestro concepto, importantísimo. Y no insistimos, porque sobre el particular tuvimos ocasión de tratar en la publicación hispano-americana *El*

Mundo Latino, en el trabajo titulado *Colón y la tradición de la Atlántida* (Octubre, 1900).

❦

Italo Giuffrè. — *Ricordi letterari*. Messina, 1900.

Hemos recibido, en unión de la *Egloga XI* del latino Calpurnio, del bellísimo *Nuevo Cancionero* y del opúsculo *Verdi*, la precitada obra del señor Italo Giuffré, de quien ya hubimos de ocuparnos en esta Revista anteriormente.

Recuerdos literarios es una obra interesante y que de corazón recomendamos á quienes interese el actual movimiento literario italiano. Por ella conocerá el lector algunas importantes personalidades literarias de la Italia moderna, desde el cura poeta Zanelia y la original escritora Ernesta Napollon, hasta el exaltado Heliodoro Lombardi, todas perfectamente diseñadas.

❦

Sergio Pesado Blanco.—*Nociones de Anatomía y Fisiología*. Trujillo, 1901.

El distinguido escritor científico, Sr. Pesado Blanco, autor de curiosas monografías, como la publicada sobre las termas romanas de Montemayor, nos envía sus metódicas *Nociones de Anatomía y Fisiología*, destinadas á popularizar entre jóvenes los principios de estas ciencias tan importantes p a el conocimiento perfecto del hombre. Es muy loable la idea perseguida por el Sr. Pesado Blanco de contribuir á la propaganda de los conocimientos científicos.



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.